

Planta, alzado y sección. Seis meses de prácticas en Aires Mateus

Resumir en un texto una experiencia que haya erosionado el carácter no es fácil. Sobre todo porque reconocer en que manera lo ha hecho requiere tiempo. Supongo que estas erosiones se descubren poco a poco. Puede que en los trazos rápidos de un dibujo a mano, puede que en la manera de explicar un proyecto o apreciar un material. O quizá aparezca en su forma más útil, como ese pilotito rojo que se nos enciende de vez en cuando para decirnos, “por aquí no”.

Sin duda, estos seis meses en el estudio de arquitectura Aires Mateus han erosionado mi carácter. Utilizo la palabra erosión porque creo que transmite mejor la manera en que a veces las cosas nos afectan. Es esa pequeña escala que tienen las rutinas diarias, que pasan desapercibidas, pero que nos dan forma cuando nos miramos en perspectiva. Esta oportunidad de apenas seis meses me ha servido sobre todo para eso, para tomar perspectiva en cuanto a la arquitectura y sus alrededores. Me ha permitido observar con la distancia del que está de paso cómo se hace un tipo de arquitectura concreto, cómo se trabaja desde una ambición determinada y cómo esta lidia con el mundo que la alimenta. Esta distancia que me ha permitido la beca de la Fundación Arquia explica una serie de reflexiones que me han surgido durante este tiempo. Con una mirada diédrica voy a tratar de plantear alguna de ellas y resumir así, dando un rodeo, mi experiencia.

La primera de estas reflexiones surge del trabajo en planta y tiene que ver con la ambición. Gracias a esta experiencia he perdido un poco de ingenuidad y he podido ver que la arquitectura no solo se ocupa del cómo queremos estar sino también del qué queremos ser. Mostramos u ocultamos en función de lo que nos gustaría decir, a los demás y a nosotros mismos, que somos. De esta manera la planta llega a convertirse en un objeto en sí mismo donde, tras muchos intentos, encontramos una manera de posicionarnos respecto a lo que nos rodea. Y no es neutral. Por eso trabajar en planta es hacerlo en dos frentes, sobre la materia y sobre nosotros mismos. Llevar esta doble condición a sus últimas consecuencias es lo que define la ambición. Forzar los materiales, sus encuentros y lugar en el espacio dependen de esa fuerza de voluntad, capacidad de trabajo y dedicación. Esta insistencia, casi tozuda, la he podido observar en mis compañeros de trabajo, de los que tanto he aprendido. Por ejemplo, trabajando para el proyecto de ejecución de unas viviendas me di cuenta de como esta ambición se expresa en los detalles. En concreto aprendí a dibujar puertas y armarios donde su marco propio se ocultaba o simplemente se omitía. Esta operación, cuya ejecución en planta es mucho más artificiosa que lo que su aspecto en alzado desvela, sigue una intención de claridad, que surge de una lectura de la planta de manera compositiva, como plan *poché*. Aquí es donde la manera de entender la arquitectura se revela en el dibujo, la ambición es puesta pero también hallada en la planta. Es verdad que puede ser discutible que lo que comienza como un acto de claridad gráfica subyugue los detalles posteriores de la realización constructiva. Sin embargo para mí ha sido un ejemplo de trabajo y de coherencia con unas ideas determinadas, más allá de que yo comulgue con ellas. En definitiva he aprendido que la planta no es solo una herramienta neutral que resuelve cuestiones materiales, sino que en ella se puede expresar también nuestra ambición por mostrarnos a nosotros mismos a través de una arquitectura determinada.

Como decía al principio, tener fecha de caducidad en un lugar te permite apreciar todo desde cierta distancia. De la misma manera que he podido reflexionar sobre qué supone trabajar con una ambición determinada en arquitectura, esta distancia me ha permitido espiar mi propia rutina. He descubierto así esa relación callada entre nuestro día a día y el de la arquitectura. A fin de cuentas todos vivimos rodeados de arquitectura, también nuestras rutinas. Durante estos seis meses me ha interesado enormemente toda esa arquitectura que nos pasa desapercibida, pero que envuelve, se entrelaza y confunde con el acto diario. No la pensamos pero nos toca, la tocamos y con el tiempo se hace difícil distinguir si la persona imprime cualidades a la arquitectura o es esta la que silenciosamente nos moldea. Pero no toda esta relación se encuentra en un segundo plano, como si

perteneciera a la nebulosa del subconsciente. Hay sin embargo situaciones, recorridos o tectos que la sacan a la luz y nos desvelan y pautan nuestras rutinas. Es fascinante que la arquitectura sea capaz de generar esos momentos donde somos capaces de parar y pensarnos en relación con nuestro entorno y las personas con quien lo compartimos. En nuestro día a día siempre hay esos momentos y si realizásemos una sección de nuestros recorridos diarios podríamos identificarlos fácilmente. Cuando he trabajado en sección durante estos seis meses me he dado cuenta de ello y esta mirada diédrica la he llevado después a mi experiencia recorriendo la ciudad de Lisboa.

Cada día repetía el mismo recorrido para ir al estudio. Apenas eran cinco o siete minutos a pie pero en él surgían casi invariablemente ciertos momentos que me hacían pensar sobre el potencial de la sección en arquitectura. Por ejemplo, por la mañana cruzaba el Jardim das Amoreiras, un pequeño parque que ocupa la extensión de dos manzanas junto a un depósito de aguas a donde va a morir un antiguo acueducto. Este acueducto cierra uno de los laterales largos del jardín. La altura del acueducto coincide con la de los árboles que pueblan el parque, produciéndose así una relación de escala interesante cuando las copas de los árboles están repletas de hojas y parecen cubrir un espacio confinado tras las potentes arcadas semicirculares del acueducto. El parque se convierte en un espacio ambiguo, entre interior y exterior, entre naturaleza y arquitectura, donde los vecinos bajan a disfrutar como si estuvieran en casa. Todo este potencial se encuentra en la sección de esta situación.

Siguiendo el camino y para tomar un atajo, cruzaba por las tripas de un gran bloque de viviendas que en planta baja tenía un luminoso atrio con oficinas a su alrededor en lo que parecía un espacio diseñado para un centro comercial. Sin duda este espacio cubierto era un espacio interior. Sin embargo, se podía cruzar por él sin tocar una puerta, las dos que había eran correderas automáticas, por lo que de alguna manera la sensación de este espacio interior se convertía en una continuación de la calle exterior ya que esta y el pasillo interior tenían además la misma sección. Es una continuación ambigua porque el sonido de los pasos se apagaba a causa de la moqueta del suelo y se podía sentir la climatización interior. De nuevo esta relación ambigua hace reflexionar sobre el potencial de la sección y las posibilidades que habría si en ciertas situaciones no se tratase lo construido como algo estanco. La sección de nuestras rutinas desvela que la arquitectura conduce nuestros pasos y nuestra mirada, a veces sin darnos cuenta.

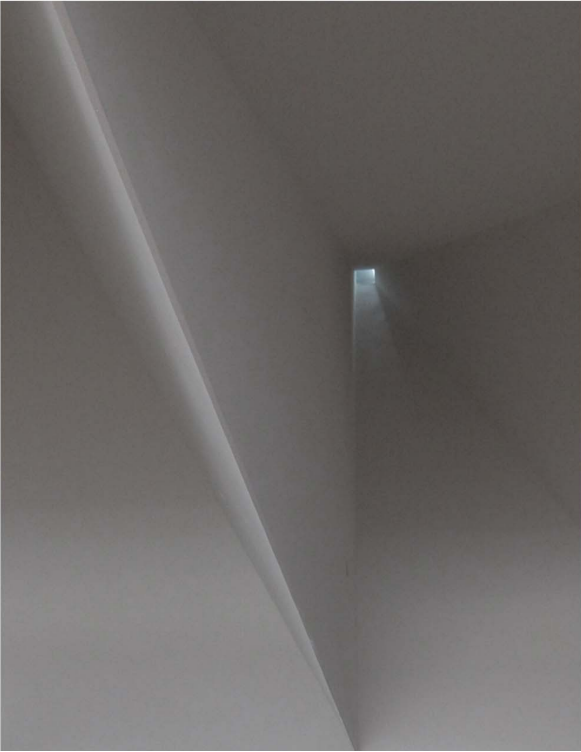
Por último, y para cerrar la tríada diédrica quedaría hablar del alzado. Antes de esta experiencia apenas había pensado en el alzado. En la universidad lo trataba de soslayo, lo dejaba a merced de lo que ocurriese en el interior, quitándome responsabilidad. Cuando se discute del alzado en arquitectura es difícil no emplear la palabra lenguaje, ya sea para defender uno concreto o la ausencia del mismo, y claro, esto complica las cosas. Emplear un lenguaje es enmarcarse en una cultura, en unas razones determinadas que apenas consiguen justificarse sin rozar el mito. Pero me he dado cuenta con esta experiencia que dejar esta discusión de lado, por lo irresoluble que parece, no tiene sentido. Es un debate engorroso pero necesario ya que cómo experimentamos la ciudad depende en gran medida de sus fachadas. De hecho, en algunas partes, Lisboa se convierte en una especie de ciudad fachada, donde los edificios están vacíos, sin uso, mientras las calles están abarrotadas de visitantes que pasean y disfrutan bajo la sombrilla de alguna terraza. Parece que asistan a un espectáculo que pide ignorar lo falso de sus decorados. Este potencial que la fachada tiene de generar situaciones abre un abanico de posibilidades que van de lo banal a lo comprometido pero que en ningún caso son neutrales. Trabajando he observado que posicionarse es necesario, la manera de hacerlo ya depende de las convicciones de cada uno.

Planta, alzado y sección. Solo con tres palabras se podrían explicar muchas de las horas que un arquitecto emplea en su trabajo. Las tres reúnen un potencial enorme para entender lo construido y lo que está por construir. Con ellas como herramientas he tratado de contar mi experiencia, como si no tuviera otra forma con la que expresarme. Quizá sea esta la mayor prueba de hasta que punto

estos seis meses han erosionado mi carácter. Espero que este texto ayude a entender lo útil que es esta beca, tanto en lo laboral como en lo personal.

Gracias a la Fundación Arquia y al estudio de arquitectura Aires Mateus.

Jaime Jiménez Barragán



Centro de convívio em Grandòla.. Fotografia del autor.

